

¿Qué haríamos si no tuviéramos miedo?

Para todas las almas perdidas.
Ojalá encuentren su brújula para volver a casa.

Todos somos capitanes de nuestro propio buque. Sin embargo, no somos los que dirigimos la cuadrada, sino que nos encargamos de las posiciones de las velas.
Viento traicionero.

Es el alma quien maneja el timón.
Es el alma quien marca el rumbo. A veces firme, a veces con cautela.
Es el alma, valiente guerrera de la retaguardia,
la capitana de todos los buques.

Pero en ocasiones, el alma está perdida. A veces, a pesar de llevar el timón, no sabe hacia dónde dirigirse.
Está desorientada.
No hay una luna llena que inspire con su luz.
La tripulación está perdida en la quilla.
Todo está en silencio, tan solo es el alma y el salitre que busca la piel cuando las olas indomables de ese mar chocan contra la madera.
En un punto ciego en el que no se distinguen los recuerdos del alma de lo irreal. Porque la desesperación se parece mayor a cualquiera de los tesoros.

En días de suerte, el alma encontraría otro buque desorientado.
Las capitanas unirían sus tripulaciones, ambas viajarían bajo la tenue luz de una vela al compás de un nuevo rumbo. Los hilos rojos, pero eso ya es otra historia.

En muchos casos el alma no encuentra a nadie.
La desesperación es insaciable.
El caos aumenta.
La esperanza se desvanece.
Las reservas se agotan y no podemos abastecer a toda la tripulación.

Seguimos esperando a que pase algo.
Pedimos a gritos una bocanada de aire fresco.
Miramos a la luna, esta llena de miradas que se perdieron en busca de respuestas.
Y esperamos...
Y mientras tanto nos hundimos...

Pero como gran pensadora, el alma se para a reflexionar.
¿Cuál es el verdadero problema?
Quizá sea el simple pensamiento.
Quizá es más sencillo.
Quizá no estemos perdidos.
Es el miedo, protagonista de urgente necesidad.
Porque en realidad sí sabemos manejar el timón.

Es el miedo, erudito maestro y fiel compañero del camino. El primer amigo que nos traiciona al nacer, pero el enemigo esencial del ser humano.

Gracias al alma, a pesar de la complejidad del ser humano somos capaces de apreciar nuestras imperfecciones.

Tan cubiertas.

Tan humanas.

Tan perfectas.

Y una de esas imperfecciones es creer que somos rosas de verdad. Hasta que nos marchitamos y nos damos cuenta de que todo el tiempo fuimos de plástico. Entonces buscamos ese milagro por el que aún así nos maravillamos.

El alma duda.

"Si tienes miedo, hazlo con miedo" le grita una estrella.

Porque si la razón nos dice que no tiene sentido, nos arriesgaremos a pesar de la experiencia y lo intentaremos bajo el susurro del corazón.

El alma coge de nuevo el timón y las alas trazan el camino.

Porque a veces es cuestión de perspectiva.

Porque a veces hay que posicionarse desde el tejado, o desde la cima de nuestro navío, para acertar en el próximo movimiento en esta guerra en la que nos hundimos en la incertidumbre.

El alma, sufridora de los mayores naufragios.

El alma, expuesta en tratos con la soledad.

El alma, el vigía de la tripulación.

El alma, huella imborrable en cada corazón.